



**GLOBAL
RHEUMATOLOGY**

BY PANLAR

E-ISSN: 2709-5533
Vol 3 / Jan - Jun [2022]
globalrheumpanlar.org

C O L U M N A

Memorial de epidemias

Memorial of epidemics

Memorial de epidemias

<https://doi.org/10.46856/grp.22.e123>

Date received: April 21/ 2022
Date acceptance: May 12/ 2022
Date published: June 17/ 2022

Cite as: Neubarth F. Memorial de epidemias
[Internet]. Global Rheumatology. Vol 3 / Ene - Jun
[2022]. Available from:
<https://doi.org/10.46856/grp.22.e123>



C O L U M N A

Memorial de epidemias

Fernando Neubarth

*Médico e escritor. Especialista em Clínica Médica e Reumatologia.
neubarth@terra.com.br*

Palabras Clave: EPIDEMIAS, COVID 19, HISTORIA

"De los recuerdos de la formación como estudiante de medicina, el relato de una paciente, una mujer octogenaria, negra, pequeña, muy vivaz y comunicativa. A instancias del profesor de neurología se complació en contarnos lo que le había sucedido durante sus días de la Española en Porto Alegre."

Era todavía una niña y en la casa donde servía, una familia de gente del campo donde había relaciones que se remontaban a la época de sus abuelos y de la esclavitud, la enviaba a las inmediaciones de la Rua da Praia a recoger encargos de una modista, vestidos nuevos de su patroa y otras reparaciones de ropa. Fue en el camino, ya cerca del destino, que experimentó su primer ataque epiléptico. Nadie la ayudó y tirada en el camino, inconsciente, fue confundida con una de las víctimas de la gripe y despertó, ya en Azenha, entre un montón de cadáveres en un carro que iniciaba la empinada cuesta del cementerio.

Una sonrisa traviesa e iluminada por el brillo de unos ojos que alguna vez fueron opacos y velados por cataratas, sirvió de cierre a la historia que aún nos divertía con detalles del susto que también tuvo el carretero. Un improvisado conductor de funeraria que, tras la sorpresa, la había envuelto en un abrazo de bienvenida y que, por estas maquinaciones del destino, sería su compañero de vida. Durante décadas, hasta que la muerte, esta vez con determinación, se lo llevó.

Sobre la Gripe Española, transcribo extractos de la descripción de nuestro mayor autor de memorias, Pedro Nava (1903-1984), reumatólogo, uno de los precursores de la especialidad en Brasil, habiendo sido también presidente de la Sociedad Brasileña de Reumatología y de la Liga Panamericana de Asociaciones de Reumatología (PANLAR).

En el libro *Chão de Ferro*, publicado en 1976, Nava describe con maestría y rara erudición recuerdos personales de la pandemia que llegó a Brasil en 1918.

[...] “La literatura médica está llena de descripciones de brotes epidémicos, algunos de los cuales adquirieron un aspecto pandémico, asolando todas las grandes aglomeraciones humanas, como la de 1733, que marca el primer paso oceánico de la misma epidemia propagada desde Europa a América; las de 1837, 1847, 1889 y finalmente la de 1918 que arrasó el mundo provocando más muertos que la Primera Guerra Mundial. [...] No, sus padres no fueron la Conflagración Europea y el Emperador Guillermo II. Nació de la influenza, de esa cosa imprecisa, despreciada por los modernos pero no obstante existente que son las coincidencias telúricas, estacionales y atmosféricas responsables de la llamada constitución médica de ciertas enfermedades en el tiempo la constitución de los clásicos [...] que aparece en varios pasajes de Hipócrates expresando las vicisitudes del aire, los lugares, las estaciones y su responsabilidad en la génesis de las enfermedades. Porque la mucosidad, influenza, gripe o como quieras llamarlo, la española se instaló entre nosotros en septiembre y creció a finales de ese mes y en el primero del siguiente”.

[...] “Synochus catarrhalis era el nombre de una enfermedad epidémica, clínicamente individualizada desde la antigüedad y que periódicamente, cada vez con mayor extensión, asola a la humanidad. Esta extensión está relacionada con la velocidad cada vez mayor de las comunicaciones. Su contagio ya viajó a pie, a paso de caballo, a la velocidad de un tren de hierro, en barco y, hoy en día, utiliza aviones supersónicos, extendiéndose por el mundo en dos, tres, cuatro días. A su paso por Italia (en la epidemia de 1802 que tan severamente castigó a Venecia y Milán), recibió el nombre que le hizo fortuna: gripe. El término prendió, pasó al lenguaje cotidiano y recuerdo haberlo escuchado en boca de mi abuela materna, en Juiz de Fora [...]. El nombre gripe proviene de mediados del siglo pasado y fue utilizado por primera vez por Sauvages, de Montpellier, teniendo en cuenta el aspecto tenso, contraído, arrugado, arrugado – grippé– que creía ver en los rostros de sus pacientes”.

[...] “Aquí se desató la enfermedad en septiembre, porque a finales de ese mes y principios de octubre, las medidas de las autoridades abrieron los ojos de la gente y esto explicaba ciertas anomalías que se habían observado en la vida urbana: tráfico escaso, ciudad vacía medio muerta, salas de espectáculos no llenas, conducción siempre tranquila, las regatas, el waterpolo y los partidos de fútbol casi sin asistentes, las carreras de Derby y Jockey con aficionados reducidos a un tercio [...]. Empecé a sentirlo un lunes de mediados de octubre cuando, de regreso a la escuela, encontré solo once estudiantes en nuestro tercer año de cuarenta y seis. Treinta y cinco compañeros se habían enfermado de gripe desde el sábado hasta el primer día de la semana siguiente. Llegamos a la escuela a las 9 am. Al mediodía, de las personas sanas que habían ingresado, unas diez ya estaban temblando en la Enfermería”.

[...] “Se convirtió en una calamidad de proporciones desconocidas en nuestros anales epidemiológicos en los terribles días de la segunda quincena de octubre y su morbilidad sólo disminuyó en la todavía trágica primera semana de noviembre [...]. Según las condiciones del terreno, según la resistencia de los individuos o el point d'appel de su zona más débil, la gripe era así benigna, o asumía las fisonomías que se denominó neumónica, bronconeumónica, gastroentérica, coleriforme, neurálgica, polineurítico, meningítico, meningoencefálico, renal, asténico, sincopal y fulminante. Era aterrador lo rápido que pasaba de la invasión al apogeo, en pocas horas, llevando a la víctima a la asfixia, diarrea, dolor insoportable, letargo, coma, uremia, síncope y muerte en pocas horas o pocos días. La velocidad del contagio y la cantidad de personas afectadas fue aterradora. Ninguna de nuestras calamidades se había acercado a la enfermedad reinante”.

[...] “Lo terrible ya no era el número de bajas sino que no había nadie para fabricar ataúdes, para llevarlos al cementerio, para cavar fosas y enterrar a los muertos. Lo asombroso ya no era la cantidad de enfermos, sino el hecho de que casi todos estaban enfermos y no podían ayudar, curar, transportar alimentos, vender alimentos, llenar recetas, en fin, realizar las tareas esenciales para la vida colectiva. Como en la calamidad de París, en 1889, cuando la gripe había arrojado a la cama a las dos terceras partes de la población, en Río la enfermedad se superó a sí misma y dejó caer, en una gran gala espantosa, las cuatro quintas partes de los cariocas por el suelo, sobre la cama o en el palé del hospital. Correspondía al veinte por ciento restante, convaleciente o sano, sostener la ciudad que se tambaleaba al borde del colapso [...]. Además del hambre, de la falta de medicinas, de médicos, de todo, las hojas reportaban el número nunca antes visto de enfermos y cifras espantosas en el obituario. Las funerarias no daban salida, faltaban ataúdes. Hasta madera para hacerlos, al punto que un carpintero del conurbano se encargaba de hacer los sobres con tablas del techo y piso de su casa”.

[...] “Cuando había ataúdes, no había quien los transportara y iban al cementerio a mano, en burros sin rabo, arrastrados o cruzados en taxis. Al final los cuerpos iban en camiones, mezclados unos con otros [...]. Hubo un intercambio de cadáveres podridos por otros más frescos, cada uno queriendo deshacerse del ser amado que empezaba a hincharse, a apestar. En el punto álgido de la epidemia, en un día en que no había forma de transportar tantos muertos, el Jefe de Policía ya estaba desesperado cuando la solución llegó de manos de Jamanta, el famoso jueguista del Carnaval de Río. [...] Conocía, admirablemente, su Río de Janeiro y por uno de esos caprichos bohemios, había aprendido en marchas nocturnas, a conducir tranvías. Pidió y obtuvo de sus superiores un portaequipajes y con ellos recorrió la ciudad de norte a sur [...]. Tranvía y remolques llenos de ataúdes amontonados y envueltos en sábanas, el conductor solitario condujo hasta el (cementerio de) Caju. Descargado. Ya era tarde, pero volvería y buscaría en Laranjeiras, Flamengo, Botafogo, Jardim Botânico, Ipanema, Copacabana, recogiendo más cadáveres.

Estaba lleno. Por la noche, la composición siniestra pasaba como el Tren Fantasma o el barco de Drácula atascado de carga hacia (el cementerio) São João Batista. Hizo esto durante dos o tres días que marcaron su memoria para siempre”.

Volviendo a los relatos de Nava, diría que mi paciente tuvo suerte después de todo. Incluso puede beneficiarse de los avances que ha proporcionado la ciencia en el tratamiento de la epilepsia, enfermedad con la que convivió bien y que, de forma un tanto caprichosa, le hizo conocer el amor en los tiempos de la Española. Por edad no llegó a las muchas escenas que el covid-19 hizo repetir, con atroz similitud, en días que aún están presentes y oscuros y que quedarán imborrables en nuestra memoria como sobrevivientes.

COLUMNS

Memorial of epidemics

Fernando Neubarth

Médico e escritor. Especialista em Clínica Médica e Reumatologia.
neubarth@terra.com.br

Keywords: EPIDEMICS, COVID-19, HISTORY

"From the memories of training as a medical student, the report of a patient, an octogenarian woman, black, small, skinny, very lively and communicative. She was happy to tell us, at the instigation of the neurology professor, what had happened to her during the Spanish in Porto Alegre."

She was still a girl and in the house where she served, a family of rural people where there were relationships dating back to the time of her grandparents and slavery, sent her to the vicinity of Rua da Praia to pick up orders from a dressmaker, news dresses of her employer and other clothing repairs. It was on the way, already close to her destination, that she experienced her first epileptic seizure. No one helped her and lying on the road, unconscious, she was mistaken for one of the victims of the flu and woke up, already in Azenha, among a pile of bodies on a cart that started the steep hill of the cemetery.

A mischievous smile and illuminated by the gleam of eyes that were once dull and veiled with cataracts, served as a closing to the story that still amused us with details of the scare that the cart driver also had. An improvised funeral director, who after the surprise had enveloped her in a welcoming embrace and who, by these machinations of fate, would be her life companion. For decades, until death, this time with determination, took him away.

About the Spanish Flu, I transcribe excerpts from the description of our greatest memoirist, Pedro Nava (1903-1984), a rheumatologist, one of the forerunners of the specialty in Brazil, having also been president of the Brazilian Society of Rheumatology and of the Panamerican League of Rheumatology Associations – the PANLAR.

In the book *Chão de Ferro*, published in 1976, Nava describes with mastery and rare erudition personal memories of the pandemic that arrived in Brazil in 1918.

[...] "Medical literature is full of descriptions of epidemic outbreaks, some of which took on a pandemic aspect, ravaging all large human agglomerations, such as that of 1733, which marks the first oceanic passage of the same epidemic spread from Europe to America; those of 1837, 1847, 1889 and finally that of 1918 that swept the world, causing more deaths than the First World War. [...] No, her parents were not the European Conflagration and Emperor William II. It was born of the influence, of this imprecise thing, despised by the moderns but nevertheless existing that are the telluric, seasonal and atmospheric coincidences responsible for the so-called medical constitution of certain diseases in time the constitutio of the classics [...] that appears in several passages of Hippocrates expressing the vicissitudes of air, places, seasons and their responsibility in the genesis of diseases. Because the synoco of phlegm, influenza, flu or whatever you want to call it, the Spanish settled among us in September and grew at the end of that month and in the first of the following".

[...] "Synochus catarrhalis was the name of an epidemic disease, clinically individualized since ancient times and that periodically, with increasing extension, ravages humanity. This extension is related to the ever-increasing speed of communications. Its contagion has already traveled on foot, at the pace of a horse, at the speed of an iron train, by ship and, nowadays, it uses supersonic planes, spreading across the world in two, three, four days. When he passed through Italy (in the 1802 epidemic that so severely punished Venice and Milan), he received the name that made him a fortune: influenza. The term caught on, passed into everyday language and I remember hearing it used by my maternal grandmother, in Juiz de Fora [...]. The name flu comes from the middle of the last century and was first used by Sauvages, from Montpellier, taking into account the tense, contracted, creased, crumpled look – grippé – that he thought he saw on the faces of his patients".

[...] "The disease broke out here in September, because at the end of that month and beginning of October, the measures of the authorities opened the eyes of the people and this explained certain anomalies that had been observed in urban life: rare traffic, empty city half-dead, entertainment halls not full, driving always easy, the regattas, water polo and football matches with almost no assistants, Derby and Jockey races with fans reduced to a third [...]. I started to feel it on a Monday in mid-October when, returning to school, I found only eleven students in our third year of forty-six. Thirty-five colleagues had come down with the flu from Saturday to the first day of the following week. We arrived at the school at 9 am. By midday, of the healthy people who had entered, about ten were already shivering in the Infirmary".

[...] “It became a calamity of unknown proportions in our epidemiological annals in the terrible days of the second half of October and its morbidity and mortality only decreased in the still tragic first week of November [...]. Depending on the conditions of the terrain, according to the resistance of the individuals or the point d'appel of its weakest zone, the influenza was thus benign, or assumed the physiognomies that were called pneumonic, bronchopneumonic, gastroenteric, cholericform, neuralgic, polyneuritic, meningitic, meningoencephalic, renal, asthenic, syncopal and fulminant. It was terrifying how quickly she went from invasion to apogee, in a few hours, leading the victim to suffocation, diarrhea, excruciating pain, lethargy, coma, uremia, syncope and death in a few hours or a few days. . The speed of the contagion and the number of people being affected was terrifying. None of our calamities had come close to the reigning disease.”

[...] “The terrible thing was no longer the number of casualties but that there was no one to manufacture coffins, to take them to the cemetery, to dig graves and bury the dead. The astonishing thing was no longer the number of sick people, but the fact that almost all of them were sick and unable to help, treat, transport food, sell food, fill recipes, in short, perform the essential tasks for collective life. As in the calamity in Paris, in 1889, when the flu had thrown two-thirds of the population to bed, in Rio the disease surpassed itself and dropped, in a great hideous gala, four-fifths of Cariocas on the floor, on the bed or on the hospital pallet. It was up to the remaining twenty percent, whether convalescent or healthy, to hold on to the city that was teetering on the brink of collapse [...]. In addition to hunger, lack of medicine, of doctors, of everything, the sheets reported the never-before-seen number of sick people and dreadful figures in the obituary. The funeral parlors did not provide an outlet, there was a lack of coffins. Even wood to make them, to the point where a carpenter from the suburbs would take orders by making the envelopes with boards from the ceiling and floor of his house”.

[...] “When there were coffins, there was no one to transport them and they would go to the cemetery by hand, by donkey without a tail, dragged or crossed in taxis. In the end the bodies went in trucks, mixed with each other [...]. There was an exchange of rotten corpses for fresher ones, each one wanting to get rid of the loved one that was beginning to swell, to stink. At the height of the epidemic, on a day when there was no way to transport so many dead people, the Chief of Police was already despairing when the solution came from Jamanta, the famous reveler of Rio's Carnival. [...] He knew, admirably, his Rio de Janeiro and by one of those bohemian whims, he had learned in night marches, to drive trams. He asked and obtained a luggage rack from his superiors and searched the city with them from north to south [...]. Tram and trailers full of coffins piled up and shrouded in sheets, the solitary driver drove to the (cemetery of) Caju. He unloaded. It was already late in the day, but he would come back and scavenge Laranjeiras, Flamengo, Botafogo, Jardim Botânico, Ipanema, Copacabana, picking up more dead bodies.

He packed. At night, the sinister composition passed like the Ghost Train or Dracula's ship clogged with cargo to (cemetery) São João Batista. He did this for two or three days that will forever mark his memory."

Referring to Nava's accounts, he would say that my patient was lucky after all. She can even benefit from the advances that science has provided in the treatment of epilepsy, a disease with which she lived well and which, in a somewhat capricious way, made her know love in the Spanish times. Due to her age, she did not reach the many scenes that the covid-19 made to repeat, with atrocious similarity, in days that are still present and dark and that will be indelible in our memory as survivors.

C O L U N A

Memorial de epidemias

Fernando Neubarth

*Médico e escritor. Especialista em Clínica Médica e Reumatologia.
neubarth@terra.com.br*

Palavras chaves: EPIDEMIA, COVID 19, HISTÓRIA

"Das lembranças da formação como estudante de Medicina, o relato de uma paciente, senhora octogenária, preta, miúda, magrinha, muito vivaz e comunicativa. Comprazia-se a nos contar, instigada pelo professor de neurologia, o que tinha lhe acontecido nos tempos da Espanhola em Porto Alegre."

Era menina ainda e na casa onde servia, uma família de gente do campo onde haviam relações que remontavam ao tempo dos seus avós e de escravidão, mandaram que fosse às imediações da Rua da Praia para buscar encomendas à uma modista, vestidos de sua patroa e outros consertos de vestuário. Foi no trajeto, já perto do destino, que experimentou a sua primeira crise epiléptica. Ninguém a acudiu e deitada no chão da via, inconsciente, foi confundida com uma das vítimas da Gripe e despertou, já na Azenha, entre um amontoado de corpos numa carroça que iniciava a íngreme lomba do cemitério.

Um sorriso maroto e iluminado pelo brilho de olhos antes baços e velados de catarata, servia de fecho à história que ainda nos divertia com detalhes do susto que também teve o carroceiro. Um improvisado condutor de enterros, que passada a surpresa a envolvera com um abraço acolhedor e que por essas maquinações do destino seria seu companheiro. Por décadas, até que a morte, dessa vez com determinação, o levara embora.

Sobre a Gripe Espanhola, transcrevo trechos de descrição de nosso maior memorialista, Pedro Nava (1903-1984), médico reumatologista, um dos precursores da especialidade no Brasil, tendo sido também presidente da Sociedade Brasileira de Reumatologia e da Liga Panamericana de Associações de Reumatologia – a PANLAR.

No livro *Chão de Ferro*, publicado em 1976, Nava descreve com maestria e rara erudição lembranças pessoais da pandemia que chegou ao Brasil em 1918.

[...] “A literatura médica está cheia da descrição de surtos epidêmicos de que alguns assumiram aspecto pandêmico, assolando todas as grandes aglomerações humanas, como o de 1733, que marca a primeira passagem oceânica de mesma epidemia propagada da Europa à América; os de 1837, 1847, 1889 e finalmente o de 1918 que varreu o mundo, causando maior número de mortes que a Primeira Grande Guerra. [...] Não, seus pais não foram a Conflagração Europeia e o Imperador Guilherme II. Ela nasceu da influência, desta coisa imprecisa, desprezada pelos modernos mas entretanto existente que são as coincidências telúricas, estacionais e atmosféricas responsáveis pela chamada constituição médica de determinadas doenças no tempo aconstituídos clássicos [...] que aparece em vários trechos de Hipócrates exprimindo as vicissitudes dos ares, dos lugares, das estações e sua responsabilidade na gênese das moléstias. Pois o sínoco de catarro, influenza, gripe ou como queiram chamá-la, a espanhola instalou-se entre nós em setembro e cresceu no fim deste mês e nos primeiros do seguinte”.

[...] “Synochus catarrhalisera o nome de uma doença epidêmica, clinicamente individualizada desde tempos remotos e que periodicamente, cada vez com maior extensão, assola a humanidade. Essa extensão está relacionada à velocidade sempre crescente das comunicações. Seu contágio já andou a pé, a passo de cavalo, a velocidade de trem de ferro, de navio e usa, nos dias de hoje, aviões supersônicos espalhando-se pelo mundo em dois, três, quatro dias. Quando passou pela Itália (na epidemia de 1802 que tão duramente castigou Veneza e Milão), recebeu o nome que fez fortuna: influenza. O termo pegou, passou para a linguagem corriqueira e lembro de tê-lo ouvido por minha avó materna, em Juiz de Fora [...]. O nome “gripe” vem do meio do século passado e foi primeiro empregado por Sauvages, de Montpellier, tendo em conta o aspecto tenso, contraído, encrespado, amarrotado – grippé- que ele julgou ver na cara de seus doentes”.

[...] “A doença irrompeu aqui em setembro, pois em fins desse mês e princípios de outubro, as providências das autoridades abriram os olhos do povo e isto explicou certas anomalias que vinham sendo observadas na vida urbana: tráfego rareado, cidade vazia e meio morta, casas de diversão pouco cheias, conduções sempre fáceis, as regatas, as partidas de water-polo e futebol quase sem assistentes, as corridas do Derby e do Jockey com aficionados reduzidos ao terço [...]. Comecei a sentir o troço numa segunda-feira de meados de outubro em que, voltando ao colégio, encontrei apenas onze alunos do nosso terceiro ano de quarenta e seis. Trinta e cinco colegas tinham caído de sábado para o primeiro dia da semana subsequente. Chegamos ao colégio às 9 horas. Ao meio-dia, dosãos entrados, já uns dez estavam tiritando na Enfermaria”.

[...] “Tornou-se calamidade de proporções desconhecidas nos nossos anais epidemiológicos nos dias terríveis da segunda quinzena de outubro e sua morbidade e mortalidade só baixaram na ainda trágica primeira semana de novembro [...]. Conforme as condições do terreno, segundo a resistência dos indivíduos ou opoint d’appelle sua zona mais fraca a influenza apresentava-se assim benigna, ou assumia as fisionomias que foram chamadas de pneumônica, broncopneumônica, gastroentérica, coleriforme, nevrálgica, polineurítica, meningítica, meningoencefálica, renal, astênica, sincopal e fulminante. Era apavorante a rapidez com que ela ia da invasão ao apogeu, em poucas horas, levando a vítima às sufocações, às diarreias, às dores lancinantes, ao letargia, ao coma, à uremia, à síncope e à morte em algumas horas ou poucos dias. Aterrava a velocidade do contágio e o número de pessoas que estavam sendo acometidas. Nenhuma de nossas calamidades chegará aos pés da moléstia reinante”.

[...] “O terrível já não era o número de causalidades mas não haver quem fabricasse caixões, quem os levasse ao cemitério, quem abrisse covas e enterrasse os mortos. O espantoso já não era a quantidade de doentes, mas o fato de estarem quase todos doentes e impossibilitados de ajudar, tratar, transportar comida, vender gêneros, aviar receitas, exercer, em suma, os misteres indispensáveis à vida coletiva. Como na calamidade de Paris, em 1889, quando a gripe atingiu ao leito dois terços da população, no Rio a doença surgiu e derrubou, numa grande gala hedionda, quatro quintos dos cariocas no chão, na cama ou na enfermaria dos hospitais. Competiu aos vinte por cento restantes, de convalescentes ou sãos, aguentar a cidade que vacilava à beira do colapso [...]. Além da fome, da falta de remédio, de médicos, de tudo, as folhas noticiavam o número nunca visto dos doentes e cifras pavorosas do obituário. As funerárias não davam vazão, havia falta de caixões. Até de madeira para fabricá-los, ao ponto dum carpinteiro do subúrbio atender encomendas fazendo os envelopes com tábuas do teto e do soalho de sua casa”.

[...] “Quando ataúde havia, não tinha quem os transportasse e eles iam para o cemitério a mão, de burro-sem-rabo, arrastados ou atravessados nos táxis. No fim os corpos iam em caminhões, misturados uns aos outros [...]. Havia troca de cadáveres podres por mais frescos, cada qual querendo se ver livre do ente querido que começava a inchar, a empestar. No agudo da epidemia, num dia em que não havia mais jeito de transportar tanto morto, o Chefe de Polícia já dava o desespero quando a solução veio do Jamanta, o célebre folião do Carnaval carioca. [...] Ele conhecia, admiravelmente, o seu Rio de Janeiro e por um desses caprichos de boêmio, aprendera em passeatas noturnas, a dirigir bondes. Pediu e obteve dos seus superiores um bagageiro e vasculhou com eles a cidade de norte a sul [...]. Bonde e reboques cheios de caixões empilhados e de amortalhados em lençóis, o motorneiro solitário batia para o (cemitério do) Caju. Descarregava. O dia já ia alto, mas ele voltava e varejava Laranjeiras, Flamengo, Botafogo, Jardim Botânico, Ipanema, Copacabana pegando mais defuntos.

Lotava. Já noite, passava a sinistra composição como o Trem Fantasma ou o navio de Drácula entupida da carga para o (cemitério) São João Batista. Fez isso uns dois ou três dias que marcaram para sempre sua lembrança”.

Reportando aos relatos de Nava, diria que aquela minha paciente teve sorte, afinal. Ela pode inclusive beneficiar-se com os avanços que a ciência proporcionou ao tratamento da epilepsia, doença com a qual conviveu bem e que de maneira algo caprichosa a fez conhecer o amor nos tempos da Espanhola. Devido à idade, não chegou a alcançar as muitas cenas que a covid-19 fez repetir, com atroz similaridade, em dias ainda presentes e sombrios e que ficarão indeléveis na nossa memória de sobreviventes.